

La Noticia Periodística

Desinformación y *Fake News*

Presentación del tema

Profesor:

Jorge Tuñón Navarro

En 2016 se produjeron tres acontecimientos inesperados, que nos han modificado la visión del poder, del periodismo y de las relaciones entre comunicación y política, a saber: el resultado del referéndum del *Brexit*; la victoria de **Donald Trump** en las elecciones de Estados Unidos (EE.UU) de 2016; y el resultado del primer referéndum para el proceso de paz en Colombia. Se ha señalado que para dichos resultados confluyeron el desarrollo de las tecnologías (redes sociales) y el de las modernas estrategias políticas de comunicación para distinguir lo verdadero de lo falso. Es por ello que últimamente han ganado una inusitada notoriedad conceptos como postverdad, noticias falsas -fake news-, y desinformación (la primera y la segunda fueron designadas como palabra del año por el Diccionario Oxford en los años 2016 y 2017, respectivamente), puesto que han quedado probadas diferentes campañas de intoxicación informativa, para incidir en diversos procesos electorales en países democráticos, tanto en EE.UU como en la propia Europa.

Tradicionalmente han sido los políticos los que mejor han comprendido el concepto de verdad. En particular, su propia verdad, la que pretenden hacer creer a la ciudadanía. Por ello la cuentan, la comunican y la recuentan hasta el infinito, con la esperanza de que su verdad, esa verdad que no es sino una mentira, repetida hasta la saciedad (por ejemplo, la autoría del 11-M en Madrid fue de ETA y no del terrorismo islámico), se convierta, por lo general en connivencia de los medios de comunicación afines, en una verdad construida por y para una audiencia, que solo quiere creerla.

De hecho, la mentira, como parte de la estrategia política, ha estado presente desde las formas primitivas de organización social y nada se ha conseguido con su denuncia moral, desde **Platón**, pasando por **Hobbes** o **Kant** hasta hoy. A diferencia de la verdad racional y factual que solo tiene una versión, la mentira y las medias verdades pueden presentarse en múltiples formas. Incluso, hoy, cuando la tecnología permite un acceso instantáneo a fuentes y datos de forma profesional, nunca ha sido tan fácil y rápido detectar, contrastar y comprobar la mentira y la desinformación política. Un problema adicional en relación con la mentira política reside en que –incluso siendo identificada, desvelada y denunciada– mentir apenas tiene consecuencias inmediatas para aquellos que mienten. Entonces, ¿Por qué en este momento resulta más complicado reconocer la verdad, si nuestro conocimiento sobre lo que somos es mucho mayor de lo que había sido nunca? ¿Estar más informado supone hoy estar mejor informado?, o ¿por el contrario supone estar más desinformado?

La mentira política en forma de tergiversaciones, falsedades o propaganda no es nueva. Los regímenes totalitarios del siglo XX la desarrollaron con maestría con la ayuda de las técnicas de propaganda y el uso intensivo de las entonces tecnologías punteras disponibles: prensa escrita, cine o radio. Más recientemente, en la época no solo ya de internet sino también de la expansión de las redes sociales al calor del desarrollo de las Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC), venimos asistiendo a acontecimientos como el resultado del referéndum del *Brexit* o la misma elección de **Donald Trump** en 2016, que han provocado un intenso debate sobre la influencia de las noticias falsas en aquellos resultados. Si bien la existencia de noticias falsas no supone evidentemente ninguna novedad, sino que se ha ligado tradicionalmente a la manipulación informativa, sí que han adquirido una nueva dimensión con la irrupción de las TIC.

Con la eclosión de las *fake news*, La diferencia no solo está en el contenido sino también en las vías y la velocidad de transmisión y diseminación de las desinformaciones. Su escala ya no es más local sino global, por tanto, su alcance se multiplica gracias a una compleja interacción entre infraestructura tecnológica, prácticas comunicativas y comportamiento social. Asimismo, la velocidad de producción, circulación y alcance de las noticias falsas en la actualidad, tampoco tiene precedentes en la historia de la humanidad.

A pesar de todas las fuentes y toda la información disponible hoy en día, cada vez resulta más complejo distinguir lo verdadero de lo falso. La problemática se acrecienta en el caso de la desinformación, puesto que se ha verificado que su difusión tiene comportamientos muy similares a la verdad. La consecuencia directa es que no deja de crecer nuestra incapacidad como ciudadanos, incluso entre los más formados, para poder diferenciar entre lo verdadero y lo falso, entre las ingentes cantidades de informaciones que consumimos a diario. El problema se ha visto acrecentado por el denominado “sesgo de confirmación” o “recolección selectiva de evidencias”, que supone que preferimos seleccionar aquella información conforme a/o que satisface nuestras expectativas propias, sirviendo, así como refuerzo de nuestras opiniones previas.

Por mucho que usualmente se confundan términos (y a ello han ayudado mucho los políticos actuales acusando de diseminadores de noticias falsas a sus oponentes políticos o a medios de comunicación poco convencidos de la causa), la desinformación es algo mucho más complejo, sutil y con un riesgo colectivo mayor que las noticias falsas, la propaganda o las meras mentiras. La desinformación es un fenómeno más multifacético y complejo que la propaganda puesto que tiende a estar asociada con una intencionalidad política. La desinformación política, y esto es lo que lo diferencia de la mentira, incluso en su deformación siempre tiene un carácter informativo y de coacción sobre cómo las personas que pertenecen a un grupo, si quieren seguir formando parte de él, deben comprender la realidad y comportarse en la misma.

En definitiva, la desinformación ansia ventajas políticas, proponiendo unas determinadas formas de percibir de manera colectiva la realidad. Ni que decir tiene que lo hace con el propósito de modificar esa percepción de la realidad en función de sus intereses/estrategias políticas. El problema radica en que esas estrategias desinformativas no son inocuas, sino que comportan riesgos para individuos y sociedades. Existen campañas de desinformación de gran escala e impacto relacionadas con, por citar solo algunas de las más recurrentes: el terraplanismo, el cambio climático, las vacunas, la nutrición, el origen de la vida, las armas, la energía nuclear, el impacto de la inmigración, el supremacismo étnico o cultural, etc. El gran problema reside en que, gracias a Internet que pone a nuestro alcance millones de narrativas en competición, las mismas amenazan con reconfigurar la percepción de la realidad social misma y de la convivencia.

